

EL COLEGIAL

Manuel Doblado:

Preludio de una misión a 200 años de su natalicio
(1818 - 2018)

Lic. Rafael Antonio Ocampo Sánchez
Promotor de Difusión y Servicios Educativos del Archivo General
de la Universidad de Guanajuato

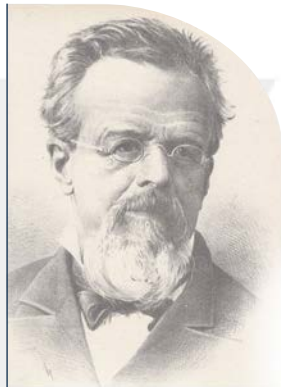
En el año 1832, cabalgando un maltrecho animal y provisto de un modesto equipaje, un joven de 14 años arribaba a las puertas del internado del Colegio de la Purísima Concepción en Guanajuato tras un arduo viaje que lo había traído desde su natal San Pedro Piedra Gorda, un pequeño poblado colindante con Pénjamo y las localidades del Rincón en donde tan sólo unos días antes se hallaba cuidando el cultivo familiar de frijol y cebada.



Su nombre de pila era Vicente Ramón -con el tiempo adoptaría el de Manuel en honor al abuelo paterno- y aún llevaba consigo la pesadumbre por la ausencia de su padre José Julián Doblado, un campesino criollo fallecido durante el año anterior y quien, junto a Vicenta Partida, había acudido a la parroquia del pueblo a imponerle el primer sacramento el día de su nacimiento un 12 de junio de 1818, día del soldado mártir San Basildes de Alejandría, quien en tiempos del emperador Séptimo Severo protegió a la virgen santa Potiamena de las intenciones deshonestas de algunos hombres mientras era conducida a su suplicio.

La oportunidad de ingresar al prestigioso instituto, reabierto oficialmente en 1828, había llegado a través de su tío paterno José María, quien intercedió para que obtuviera la beca de gracia que el Congreso del Estado había decretado fuese concedida al joven de cada municipio que, previa condición de pobreza y honradez, hubiese obtenido las más altas calificaciones en sus estudios de primeras letras.

No transcurriría mucho tiempo antes de que el nuevo colegial diera sobradas muestras de inteligencia, sociabilidad y sobre todo, de ingenio literario.



El gran Guillermo Prieto, su contemporáneo y futuro amigo, nos ofrece en sus Memorias una elocuente narración de ciertas reuniones nocturnas en el patio del Colegio durante las cuales, a cambio de algunas monedas para sus gastos, correos y papeles, Manuel -como lo llamaremos en lo sucesivo- compartía con sus compañeros internos las extravagantes aventuras de un tal "Motetes", álter ego creado por él, quien en virtud del don de la reencarnación que Dios le concedió había sido trovador, guerrero, sacerdote, aeronauta, santo, pícaro y hasta un huérfano recogido por unos marinos junto a quienes naufragó en altamar.

Los rumores sobre el talento del singular relator -agrega el autor de *Memorias de mis tiempos* (1853)- pronto llegarían a oídos del Rector y a los de una de las señoras Otero, descendientes del acaudalado minero don Pedro Luciano de Otero, antiguo propietario de la Mina de Valenciana, en quien surgió el deseo de escucharlo en persona. Desde su primera visita al Colegio, la señora Otero percibió el carisma e intelecto en aquel adolescente convirtiéndose desde entonces en su protectora hasta el punto de alojarlo en una habitación cómodamente amueblada, dotada de estantes, libros y útiles para el aseo que le posibilitaron proseguir sus estudios como colegial externo, un privilegio si se toma en cuenta la austeridad, aislamiento y rigor imperante en el internado, condiciones de las que dan testimonio algunos documentos históricos de nuestro archivo universitario.

No obstante haber accedido a una posición más favorable y hasta cierto punto holgada respecto a sus condiscipulos, el aprovechamiento, la disciplina y el empeño de Manuel no se vieron mermados durante sus estudios, sino que por el contrario, se fortalecieron a la par de un compromiso social e intelectual con su Colegio que lo llevó a impartir, en su calidad de pasante de Derecho, las cátedras de Latinidad y Cronología, Geografía e Historia así como a ocupar el cargo de secretario entre julio y octubre de 1842.

Junto a las comodidades y el apoyo moral y económico brindado por su protectora, el joven Doblado obtuvo un bien intangible que habría de ser determinante para su futuro: la oportunidad de relacionarse con la élite local; hasta el punto de convertirse en apoderado de influyentes mineros como Luis Otero y Juan de Dios Pérez Gálvez, tras concluir sus estudios como abogado en 1843.

A partir de entonces daría inicio un vertiginoso ascenso en la vida pública que lo llevaría a convertirse en gobernador de Guanajuato en distintos momentos, en el hombre de confianza y estrategia militar de dos figuras fundamentales para el desarrollo de la causa liberal -Ignacio Comonfort y Benito Juárez-, así como en integrante del grupo intelectual que fundaría el Estado mexicano moderno. Si a ello se añade su memorable participación diplomática como negociador y defensor de la soberanía nacional en 1862, resulta indudable que estamos ante una trayectoria fuera de serie desde el punto de vista histórico.

Hallándose próxima la conmemoración por el bicentenario de su natalicio (1818-2018), se prefigura ante nosotros no sólo la oportunidad de revalorar y difundir su legado sino el deber de -haciendo eco de nuestro himno- hacer brillar con decoro triunfal el genio de Manuel Doblado, insigne liberal, político y militar egresado del Colegio, hoy Universidad de Guanajuato.

¡Gloria y Honor!